T

odos sabemos, porque lo hemos comprobado, que la unión hace la fuerza. No se trata de uniformidad. Tampoco se trata de someter a todos a la misma autoridad. No es la imposición de una ideología. Se trata de esfuerzos que convergen hacia un objetivo.

La gran mayoría de la profesión, cansada de los zafarranchos o ignorante de los problemas, no está presente en los escenarios en los cuales unos atacan a otros, haciendo gala de una gran retórica, que toca el corazón especialmente de las nuevas generaciones. Mucho menos participa en las acciones entre bambalinas, con que algunos quieren lograr que la ley adopte sus puntos vista, eludiendo el diálogo y consecuente discusión de la profesión.

La división de la contaduría colombiana no ha desaparecido porque muchos mayores la tienen por cruzada, en cuanto piensan que es necesario reprochar a unos colegas. Aunque es válido disentir, la forma indecorosa como se expresa, convierte la discusión académica en agresiones.

Las universidades han alimentado esta dañina división, fomentándola a través de eventos pensados para que unos, casi siempre los mismos, le lleven la contraria a otros. Generalmente los contradictores tienen la palabra al final, para poder decir lo último que han de oír los participantes.

Conocemos muchísimos contadores que sienten íntimamente la necesidad de la unidad profesional. Desafortunadamente, cuando intervienen formulan reclamos a sus colegas para que cese la fragmentación.

Hay que dejar de reclamar y, en cambio, adoptar posiciones de unidad. Es decir, comportándonos como corresponde a una comunidad, la unidad será una realidad.

Abramos las puertas a todos. Cesemos el famoso uso del estilógrafo que enlista los invitados manteniendo la división. Terminemos con la organización de eventos para que unos masacren a otros. Dejemos de apoyar, de aplaudir, de alabar, a los que predican la división con tácticas que siembran el odio. Aprendamos a contener la lengua, para primero escuchar hasta el final las intervenciones de los demás y, luego, reflexionemos sobre lo que hemos oído. Desvistamos las intervenciones de sus formas teatrales y vayamos a las ideas, analicémoslas, y posteriormente, con calma, con elegancia, con buena fe, expresemos lo que pensamos.

Por otra parte, hagamos saber que la soberbia, la altivez, el aire de superioridad, ofende. Mirando a los demás colegas como discapacitados, como feos, como tontos, como seres con los que no hay que dejarse ver, nos comportamos como cualquier aristocracia, oligarquía, cúpula, que discrimina y por lo tanto divide. Éticamente el mundo está de acuerdo en combatir las discriminaciones. Esto no significa hacer caso omiso de las diferencias. Significa, como en una familia, que a todos se respeta, se les trata con dignidad y afecto, así existan profundas brechas.

En lugar de pedir la unidad, actuemos como ella lo exige.

*Hernando Bermúdez Gómez*